

Antecedentes

Origen de las colecciones de historia natural

Yael Díaz-Acha, Vicent Vicedo (Consortio del Museo de Ciencias Naturales de Barcelona), **Neus Ibáñez, Neus Nualart** (Instituto Botánico de Barcelona) y **Josep Maria Camarasa** (Seminario de Historia de la Ciencia Joan Francesc Bahí, Fundación Carl Faust)

Los gabinetes de curiosidades, en particular los creados por académicos, profesionales de la medicina y boticarios, incluían, entre otras cosas, herbarios, colecciones de minerales y de fósiles (petrificaciones, según la expresión de la época), de animales y de cualquier otro tipo de material u objeto que se pudiera considerar una rareza.

Originalmente, el término herbario se usaba para los libros sobre plantas medicinales escritos durante la edad media, como el *The Old English Herbarium* escrito en el siglo X que trataba de los beneficios y las propiedades curativas de las plantas. No fue hasta 1700 aproximadamente cuando este término empezó a usarse para designar las colecciones de plantas secas, que hasta entonces se habían denominado *hortus siccus* (jardín seco), *hortus mortis* (jardín muerto) u *hortus hyemalis* (jardín de invierno). La primera colección botánica de plantas secas y prensadas conservadas entre pliegos de papel (lo que entendemos hoy como herbario) se atribuye a Luca Ghini (1490-1556), profesor de la Universidad de Bolonia y a su discípulo Ulisse Aldrovandi (1522-1605). La práctica de conservar plantas secas se extendió enseguida y aparecieron los primeros manuales de recolección y preparación (prensado y secado de las plantas), como el *Isagoges in rem herbarium libri duo*, escrito por Adriaan van de Spiegel (1578-1625) en 1603. El objetivo original de estas colecciones no se conoce con certeza y es posible que inicialmente sirvieran solo como modelos para la realización de ilustraciones artísticas aunque seguramente, a la larga, se utilizaron principalmente como apoyo para reconocer las

plantas, que eran, en la época de los gabinetes de curiosidades, la fuente principal de medicamentos.

Pero, a lo largo del siglo XVII, las colecciones de curiosidades de estos profesionales empezaron a incluir objetos, tanto del reino animal como mineral, no necesariamente vinculados a la materia médica.

Desde los tiempos más remotos, rocas y minerales han desvelado el interés de los humanos para facilitar y mejorar en múltiples aspectos su vida diaria (armas, herramientas, colgantes, medicamentos, cosméticos, construcción, etc.). Paralelamente a estos usos más pragmáticos fue creciendo el interés por algunos de estos materiales, ya fuera por su belleza, por el valor de cambio que se les atribuía o incluso por finalidades más esotéricas. Los primeros catálogos de minerales y rocas se elaboraron en el Antiguo Egipto dada la necesidad de transferir el conocimiento sobre los materiales y sus usos (cosméticos y médicos principalmente) de un erudito a otro. Estos conocimientos se fueron extendiendo geográficamente y en el tiempo a las diferentes civilizaciones (Asiria, Babilonia, Imperio Persa, Grecia, Roma), hasta que en la edad media se empezaron a escribir muchos libros dedicados a rocas y minerales, clasificados por sus supuestas propiedades curativas o mágicas. El primer coleccionista moderno de minerales, Georgius Agricola (1494-1555), no aparece hasta el siglo XVI, mientras contemporáneamente, a raíz de las grandes expediciones y descubrimientos, empiezan a surgir en Europa los primeros gabinetes de curiosidades.

En cuanto a los fósiles, su interés y su consideración como elementos valiosos es paralelo al de otros elementos minerales y tiene una raíz muy profunda en el tiempo. Los elementos que presentaban una semejanza con organismos actuales, como gasterópodos o bivalvos, por ejemplo, más fácilmente identificables, eran a menudo objeto de debates apasionados sobre su origen; en cambio, los restos de organismos extintos sin equivalentes directos actuales no se acababan de entender y se les otorgaban, incluso, propiedades mágicas. Es muy conocido el caso de las *snake-stones* o piedras de serpiente, un elemento relativamente común en los gabinetes de curiosidades. A las *snake-stones* se les llegaron a atribuir propiedades medicinales (Simmons, 2010) y se consideró que podían curar, o incluso prevenir, las patologías derivadas de las picaduras de serpiente. Actualmente estos elementos se conocen como amonites, unos moluscos cefalópodos extintos que vivieron en los océanos del Paleozoico y el Mesozoico. Su nombre provenía de la semejanza de algunos amonites con una serpiente enrollada. Por estas supuestas propiedades médicas, los fósiles ya habían estado presentes en los estantes de los alquimistas durante la edad media y lo estuvieron en las colecciones de los posteriores gabinetes de curiosidades de destacados boticarios y médicos. Hasta que, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, la paleontología, hasta entonces no desarrollada como ciencia, dio un salto adelante importante con los estudios de los científicos franceses Jean Baptiste Lamarck y Georges Cuvier (Meléndez, 1988), y las colecciones de lo que hasta entonces se denominaban “piedras figuradas” alcanzaron un estatus propio.

En cuanto al reino animal, en los gabinetes de curiosidades del siglo XVII ya eran un clásico los trofeos de caza en forma de cornamenta de rumiantes salvajes o las preciadas defensas de unicornio marino, es decir, de narval (*Monodon monoceros* L.),

pero pronto se les añadieron las conchas y otros animales marinos, las aves, las mariposas y otros insectos –como muestras de los pobladores del aire– y los animales terrestres, junto con las rocas, los minerales, los fósiles y las tierras, como representantes de los hábitats de tierra firme. Mar, aire y tierra se utilizaron como criterios de clasificación de los objetos de las colecciones (Pomian, 1987).

Se iniciaba de este modo y con este afán de coleccionar la emergencia de lo que hoy entendemos por ciencias naturales, que serían todavía, durante muchos años, historia natural.